

LA UNIVERSIDAD PON- TIFICIA DE SALAMANCA

La Santidad de Pío XII otorgó al celo fervoroso de nuestro invicto Caudillo, que aún en plena guerra había clamado: «La cultura superior religiosa no faltará en España a las generaciones del futuro», una Universidad Pontificia, en el corazón de las tierras castellanas, donde el sol dora todavía las piedras que fueron testigos de los mayores prodigios de nuestra cultura imperial. Alma de las gestiones para la concesión papal, fué el Excmo. Sr. Obispo de Salamanca, que, aparte de la feliz iniciativa, aportó hasta el máximo sus privilegiadas dotes de inteligencia, organización, laboriosidad y entusiasmo. Su esfuerzo fué corroborado por el Excmo. Sr. Ministro de Educación, quien, a la par que el más fervoroso aliento, ofreció inmediatamente la ayuda oficial del Estado, plasmándola en primer término en la bellísima Orden ministerial de 1 de noviembre de 1940, por la que se otorgaba una subvención inicial de cien mil pesetas a la naciente Universidad Pontificia.

Organizado el nuevo centro universitario en el magnífico edificio salmantino de la vieja Clerecía, y constituido el cuadro de profesores de las dos Facultades con que comienza sus tareas la Universidad eclesiástica, a saber, la de Teología y Derecho Canónico, se celebró el día 6 del pasado noviembre la inauguración oficial. El Caudillo confirió su representación al Sr. Ibáñez Martín, quien acudió a la Atenas española, engalanada con sus atavíos naturales de grandeza monumental histórica y con los especiales de la gran solemnidad. Fuerzas del Ejército rindieron honores al representante del Jefe del Estado a las puertas de la Universidad Pontificia. Las autoridades militares, civiles y del Movimiento, el Profesorado de la Universidad del Estado y el de la eclesiástica, se fundieron en el primer acto solemne, que fué la Misa de Espíritu Santo en la suntuosa Iglesia de la Clerecía, donde el arte severo y la tradición religiosa tejían una majestad catedralicia. En el estrado del presbiterio aguardaban los dignatarios de la Iglesia: Arzobispo de Valladolid, Obispos de Salamanca, Avila, Ciudad-Rodrigo, Pamplona, León y Coria. Ofició el Obispo de esta última localidad, y la Capilla de la Clerecía dejó oír las voces de la más selecta y maravillosa liturgia.

El acto inaugural

El salón de la Clerecía pareció cobijar como antaño una eximia asamblea teológica, una austera reunión capitular o un venerable concilio. Tal era la majestad del ambiente y la fuerza evocadora de los frescos pin-

tados en sus muros y de los sitiales que encuadraban el recinto. En la mesa presidencial, con el Ministro de Educación, se sentaron el Canciller de la Universidad, los Prelados y el Rector Magnífico, y a derecha e izquierda, en sendos estrados, los profesores de las Universidades Eclesiástica y Civil, las autoridades y la representación de la Junta de Acción Católica. El salón estaba rebosante de público, cuando tuvo comienzo la sesión.

Fué ante todo, el Obispo de Salamanca quien hizo uso de la palabra en un bellissimo y profundo discurso, en que historió el proceso de la constitución de la nueva Universidad y trazó la ambiciosa perspectiva de sus planes y propósitos. Después se tomó juramento solemne al Claustro plenario de ambas Facultades, cumpliendo el ritual de las Universidades Pontificias.

El discurso del Ministro

Tras la voz de la Iglesia, se escuchó la del nuevo Estado. El Sr. Ibáñez Martín leyó un discurso, denso, preciso y elegante de forma, en el que abarcó el panorama de un renacimiento de los estudios eclesiásticos. Hermosísimo exordio, en el que, después de recordar la promesa del Caudillo en las declaraciones hechas en noviembre de 1937 sobre la cultura superior religiosa en España, afirmó la necesidad de una reforma espiritual de nuestra Patria, en paralelismo con aquélla de Cisneros al comenzar nuestro período imperial.

En la primera parte de su oración, el Ministro relató, en exposición brillantísima, la gran obra del nuevo Estado en lo que respecta a la restauración de la cultura religiosa, mencionando las disposiciones y hechos relativos a la recristianización de la escuela nacional, a la educación religiosa en la enseñanza media, a la labor realizada en las Bellas Artes y el libro y a las aportaciones presentes y futuras en la esfera de la cultura universitaria y superior, subrayando singularmente la incorporación de la Teología al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, con la creación del Instituto «Francisco Suárez» para la investigación teológica.

En la segunda parte del discurso explanó concretamente el problema del resurgimiento de las ciencias sagradas. Con un derroche de erudición, hizo historia de la evolución de los estudios eclesiásticos en el siglo XIX y en el XX, analizando las disposiciones de todos los Pontífices, hasta la «Deus Scientiarum Dominus» de Pío XI. Pero en esta parte, la médula de su discurso fué la razonada enumeración de lo que España necesita en materia de estudios eclesiásticos. Aludió, primero, a la urgencia de la publicación de una Historia Eclesiástica de nuestra Patria. Es preciso emprender—afirmó—, junto con la renovación de la «España Sagrada».

la investigación y catalogación metódica de los Archivos eclesiásticos y de los grandes depósitos y colecciones españolas, así como el estudio y la publicación de los cartorales, inmensa riqueza en la que nadie nos aventaja... Paralelamente se impone el estudio metódico de nuestro Arte y Arqueología cristiana... Nos hallamos asimismo necesitados de un conocimiento serio y sistemático de nuestros grandes teólogos del siglo XVI y aún nos falta el estudio monográfico, en sí y en el conjunto de la época, en sus antecedentes y en sus imitadores, de casi todos ellos... Es necesaria una nueva y definitiva edición en castellano de las Sagradas Escrituras, tanto de la que se funde sobre la Vulgata, como de la que se quiera basar sobre los textos primitivos... Alude, en fin, a nuestra carencia absoluta de instrumentos de trabajo y de grandes diccionarios eclesiásticos y a la deficiencia de nuestras revistas y bibliografía.

En la tercera parte expone la alta misión de todo el clero en España.

«España—dice—necesita misioneros. Misioneros interiores de las barriadas de las grandes urbes. Misioneros que con la Cruz redentora en alto recorran los pueblos y aldeas predicando la verdad de Dios y atrayendo a la vida de la gracia sobrenatural a los sencillos, a los ignorantes, a los desheredados de la fortuna y a los extraviados, porque todos somos hijos de un mismo Padre que está en los cielos. Misioneros también de las altas clases de la sociedad, porque son muchos los que olvidaron sus deberes de caridad y de justicia, su obligación de una vida moderada y de evitar el escándalo activo y pasivo.»

Habla luego de la necesidad de una Cruzada de cultura religiosa y de la expansión de la misma en la América hispana. «Por fortuna—añade—, España puede cifrar todas las esperanzas apuntadas en su Clero. La guerra, que ha salvado nuestras reservas morales, nos ha mostrado suficientemente cuán inmovible es su fe, cuán robusta su caridad. Una verdadera legión de Prelados, sacerdotes y religiosos, que hoy nos miran desde la altura gloriosa donde moran los bienaventurados, ha sabido morir mártir antes que profanar su condición sagrada y renegar del Nombre de Cristo. Otra luminosa Falange corrió, desde el momento en que resonó el grito de la guerra religiosa, a los campos de la lid. Y en el parapeto, en la trinchera, en la mina y en las alambradas tiñeron también con su sangre la tierra española, en el doble martirologio de su fe sacerdotal y del servicio a la Patria. Todos los que padecieron los horrores del cautiverio, los que sufrieron ludibrios y afrentas, hambre y fatigas, y por providencia singular del Señor pudieron sobrevivir, no ocultaron su condición ni se enrojecieron del Evangelio cuando la sociedad cristiana, oprimida por la tiranía de la hoz y el martillo, reclamó su concurso espiritual.

Al rendir aquí pública y solemnemente el testimonio de mi admiración y de mi gratitud a tantos millares de héroes como España ha inmolado a Dios, al gritar con emoción vivísima «Presentes» a toda la pléyade

excelsa del Clero mártir, afirmo la esperanza de nuestro Caudillo en un resurgimiento feliz y rápido de los valores supremos del espíritu y en una recristianización total de nuestra Patria»

Finalmente, el Ministro remata su magnífica oración con estas palabras:

«Pero no olvidéis que los triunfos de la guerra y de la paz no se defienden solos. La civilización cristiana es un estado heroico de los pueblos, una lucha de cada instante a vida o muerte, contra el poder incansable de las tinieblas: Salvaguardar los derechos de nuestro pensamiento y la esencia de nuestras doctrinas es aceptar el combate cotidiano por el triunfo de la verdad, y permanecer en vigilancia constante, para hacer exacto y vivo el concepto de que la vida del hombre es milicia y desvelo.

Acordaos de aquellas palabras de Jeremías: «El milano se guía por las señales del cielo y la golondrina y la cigüeña siguen sus rutas en su tiempo; pero mi pueblo desconoce los juicios de Dios». Durante muchos años España se ha olvidado de volver sus ojos al cielo. Nos afanábamos en el vivir atropellado y torpe de la vida cotidiana, sin darnos cuenta de que cualquier hierba silvestre podía ser más grata a la mirada de nuestro Creador que el espectáculo de nuestras luchas, de nuestras desespeanzas y de nuestras ambiciones.

Para acabar con todo esto, hemos proclamado sobre estas tierras de Castilla, calcinadas de sol y de metralla y cubiertas por la sangre generosa de nuestros mejores hijos, los postulados de una revolución. Pero para que esta revolución sea fecunda tendremos que ahondar y revolver en los viejos cimientos del espíritu de España. Por eso yo os emplazo a que formuléis aquí, en este acto de trascendencia inigualable, el voto solemne y decisivo de acudir al fondo mismo del alma nacional en busca de las fibras más puras de su nervio indomable con la pronta y fácil agilidad del cirujano que apresta el estilete a la llaga corrompida, cercenando la podredumbre y dejando al descubierto la fibra más íntima que encierra un nuevo germen de fuerza vital, cuando la salvación de la patria lo reclama con desolada angustia. Meditad con ahinco que la revolución más unánime en la historia de la humanidad, la que pudo llamarse revolución óptima por excelencia, la revolución rotunda y universal del cristianismo, sólo porque llegó a clavarse como un dardo de obsesión en la conciencia y en el espíritu de todos los pueblos, pudo conseguir la más asombrosa renovación de la faz de la tierra.

Tal es la consigna de nuestra revolución. La de rehacer y levantar la Patria a costa del sacrificio de nuestra propia sangre. Que a partir de ahora el grito heroico que fué a la vez clamor de leva y vitor de combate sea para vosotros la proclamación de un afán, de un estímulo y de una esperanza. Que desde hoy la voz ardiente de nuestro ¡Arriba España! signifique que nuestra Patria, incorporándose de entre sus míseras ruinas, ha levantado su mirada hasta el cielo y con el pensamiento y el espíritu

clavados en la altura tiende nuevamente su audaz vuelo de gloria y se levanta otra vez hacia Dios.

¡ Arriba España !»

Tal fué el grandioso acto de la inauguración de la Universidad Pontificia salmanticense que representa en su creación y en su prometedor esfuerzo de trabajo y estudio, una de las más gloriosas páginas en el Renacimiento español, de las letras y las ciencias, que preside con su mecenazgo el espíritu restaurador de nuestro Caudillo.

LAS BODAS DE PLATA DE LA UNIVERSIDAD DE MURCIA

El día 8 de octubre de 1915 inauguraba sus tareas académicas la Universidad de Murcia. Veinticinco años más tarde, en la conmemoración de sus bodas de plata, el Ministro de Educación Nacional evocó, en un acto de austera severidad universitaria, la historia de aquel primer lustro de trabajo y proclamó las consignas que deberán ser estímulo de los afanes del futuro.

Murcia acogió al Sr. Ibáñez Martín con un fervor y un entusiasmo auténticos. En el Paraninfo de la Universidad y después de un elocuente discurso del Catedrático Sr. Batlle sobre el Derecho Civil y el Nuevo Estado y tras unas palabras del Jefe del S. E. U., habló el Ministro de Educación Nacional. Fué el suyo un discurso de profunda raíz universitaria, en el que no sólo recordó el valor universal del pensamiento científico español, sino donde trazó las líneas generales que impone el nuevo estilo de la hora actual a la concepción falangista de nuestra Universidad.

«La Universidad de hoy—dijo el Sr. Ibáñez Martín—tiene que romper con el lastre que la dejó el decadente siglo del liberalismo. España sabe ya por experiencia trágica adónde lleva el criterio frío, hosco y deshumanizado, que informó nuestra vida universitaria durante aquel período... Contra los hombres que representan el pensamiento de aquella época y a quienes la Universidad supo dar quizá una inteligencia, pero no supo hacer vibrar un corazón, hemos levantado nosotros las banderas de nuestra Cruzada y sostenemos en alto el Credo Político de nuestra Revolución Nacional.»

«La Universidad de hoy—añadió el Ministro de Educación Nacional—sabrà formar inteligencias, pero no olvidará que su misión es hacer que

